

## EL JUGADOR (Fedor Dostoievski)

por Sebastián panizo

### I. INTRODUCCIÓN

El año de 1866 sería inolvidable para Fedor Dostoievski. A la edad de cuarenta y cinco años su situación económica no podía ser más crítica. Viudo de María Dimitrievna, y tras la muerte de su hermano Mijail se vio en la obligación de hacerse cargo de la viuda de su hermano y de sus cinco hijos. A más de responder por las deudas del difunto, la revista *La Época* que él dirigía suspendió la publicación por acumulación de deudas. Dostoievski se encontraba entre el límite y la locura. Y ante el miedo de sumergirse en la miseria tuvo que aceptar un compromiso editorial en julio de 1865. Así firmó un contrato con Stellovski concediéndole la exclusividad de sus publicaciones y comprometiéndose a entregarle una novela inédita antes del primero de noviembre del año venidero, caso contrario debería devolverle los anticipos y concederle todos los derechos sobre la edición.

Corrían los días de junio y Dostoievski no había avanzado mucho en la novela que debía entregar en menos de cinco meses, razón por la cual contrató los servicios de la joven taquígrafa, Anna Grigorievna Snitkina. La novela fue escrita en menos de cuatro semanas (del 4 al 29 de octubre), y entregada en la fecha señalada. Semanas después, Dostoievski pide la mano de Anna. En febrero del año siguiente, 1866, se casaría por segunda ocasión.

La novela "El Jugador" publicada en un principio bajo el título de "*Ruletenburg*" es para el escritor un paréntesis en la redacción de su monumental "Crimen y Castigo". La novela está ambientada en uno de los tantos balnearios alemanes (Ruletenburg) que los aristócratas rusos frecuentaban en sus viajes por Europa occidental. El juego en los casinos era una parada casi obligatoria para todo visitante. Desgraciadamente, Dostoievski conocía muy bien estos sitios. En el juego había descargado todas sus pasiones funestas y los recuerdos negros de su infancia. Era también el lugar en el que, en algún momento, y dominado por la obsesión, había perdido casi en un abrir y cerrar de ojos hasta el último centavo.

El jugador pretende ser la memoria de un funesto acontecimiento, de una pasión irresistible y de una caída que sólo quería olvidar para volver a empezar. Es también el testimonio de un extranjero ruso, Alexei Ivánivich, que deambula en una tierra desconocida apostando tanto su futuro como su amor y su vida en la ruleta. A su manera, describe una situación trágica, ya que el paraíso puede convertirse en un infierno en el que cada uno se condena voluntariamente, víctima de sus pasiones desmedidas. Es la evidencia de que en el paraíso -en este caso, el juego- un hombre puede quedar totalmente anulando ante el poder de su voluntad. Este es, pues, el mundo de Fedor Dostoievski, extraño y real a la vez, que nos envuelve y nos arrastra en una pesadilla de la cual no podemos salir. Aquí el interés de

Dostoievski está enmarcado en el hombre de su tiempo, fascinado por las zonas turbias y sombrías de los conflictos interiores y profundamente insondables del ser humano.

La sabiduría popular reza: *"En la mesa y en el juego se conoce al caballero"*. Es por eso que te invito a que tomes en tus manos la historia –que casi, podríamos decir, se enriquece no de palabras, sino de hechos– de un caballero cuya alma estaba atormentada por el riesgo y la emoción que el juego le depara. Una historia no tan lejana al hombre de hoy, de nuestro tiempo, ya que ambos, el hombre de aquel tiempo y aún el de hoy día, son capaces en igual medida de apostar hasta el último centavo que poseen para vivir en la ruleta del juego de la vida.

Ante la agilidad narrativa de la novela, y para guardar su estructura interna, he decidido redactar esta reseña a modo de primera persona, a continuación:

## II. ARGUMENTO

Soy Alexei Ivánivich. Hace un año y ocho meses que no miraba estos apuntes. Ahora, movido por la tristeza y por la fría soledad, me he visto obligado a leerlos con la intención de distraerme un poco.

Después de una ausencia de dos semanas volví a Ruletenburg (Alemania). Sólo Dios sabía con qué ansia me esperaban. Efectivamente, mi presencia pasó casi desapercibida para el General y para María Filíppovna que llevaban tres días instalados en aquel lugar. Únicamente Polina Alexándrovna me preguntó por qué me había retrasado tanto. Ella merecía una explicación por este y por otros motivos.

Me habían asignado una pequeña habitación en el cuarto piso del hotel. Afortunadamente fui contado entre los invitados del General, pero éste fijó su mirada seca e irrespetuosa sobre mí. Yo sólo tenía la intención de llevar a los niños, Misha y Nádenka, de paseo. Sin embargo, el General, casi irritado, mencionó que yo sería capaz de llevar a los niños a la ruleta del casino, a lo que sencillamente respondí que en tal caso, era preciso tener dinero para perderlo. Pero yo no tenía dinero. Al oír esto el General, sin perder tiempo, me dirigió a su oficina, sacó un libro de su escritorio, y me extendió una cantidad de dinero, con la condición de no echarlo a perder. Tomé el dinero y me marché en silencio.

Se aproximaba la hora del almuerzo. Mademoiselle Blanche, María Filíppovna, y Polina venían en un coche. Mister Astley (caballero inglés) y el General venían a caballo. Astley era *"tímido hasta la estupidez, y él lo sabía, naturalmente, porque de estúpido no tiene nada."*(1) Sin embargo, parece un ser agradable y pacífico. A simple vista aparentaba estar interesado en Polina. En la mesa me senté junto al inglés. El tema de conversación versó sobre política y finanzas rusas. Sentía que mi plática no tenía ni parte ni arte. De cuando en cuando fijaba mi mirada en Polina, pero ella no se fijaba en mí. Terminé por irritarme e interrumpí groseramente la conversación ante la perplejidad y el enfado de los presentes. Creo que había ido demasiado lejos.

Lo primero que dije para defenderme era que en verano era imposible para los rusos comer en los hoteles. Luego hice referencia a una riña que tuve con un polaco y con un oficial francés sólo porque había tenido la intención de escupir en el café de un Monseñor. Incluso, en tal guisa, me hice pasar por hereje y bárbaro. Al final, y frente al desconcierto del General, el francés y yo terminamos discutiendo. Esto parecía agradarle al inglés.

Llegó la tarde y me encontraba junto a Polina en la fuente del parque. Después de tanto tiempo pensé, "al fin solos". Lo primero que hablamos fue de negocios. Me contó que necesitaba dinero. Estaba perdida. Durante mi ausencia había recibido la noticia de la enfermedad de su abuela que había pasado seis meses postrada. Que la abuela se salve, esa sería casi la única esperanza de todos.

Ayer como ahora Polina me ha tenido atrapado entre sus manos. Sentí cólera. Siento que mi vida frente a la suya es vacía, nada. No hubiera dudado en enterrar un cuchillo afilado en su pecho, y tanto como si me hubiera dicho: "Tírese abajo", me habría tirado irremediamente. Escuché atentamente su ruego: *"Tome estos setecientos florines y vaya a jugar. Gane por mí a la ruleta todo lo que pueda; tengo necesidad urgente de dinero."* Pero sentía que ya no era el mismo: *"Se me figura que hasta ahora me ha mirado como aquella emperatriz de la antigüedad que se desnuda delante de su esclavo, pues no veía en él a una persona. Sí, muchas veces no me había tomado como una persona."*(2)

Ahora tenía una misión que cumplir. El tiempo ya no me pertenecía. Mi destino, tanto como el de Polina, estaba en la ruleta. Debía ir al casino.

Confieso que jugar por la cuenta de otro no era de mi agrado. Cuando entré en el casino me disgustaba todo. Me sentía enfermo. Sufría de aquel "espíritu servil" del que habla todo el mundo. Confieso que la serenidad me había abandonado y que el corazón me latía a toda velocidad. En la retina de los ojos de los jugadores veía centellear el oro que brillaba por su ausencia en las mesas de juego. Grandes cantidades de dinero se perdían a cada momento. ¿Y si yo también perdía? ¿Quién me aseguraba que iba a ganar? Creo que era el momento oportuno para desafiar al destino a la espera de que se produzca algo radical, algo definitivo.

Es de común acuerdo que esperar algo bueno del juego parece estúpido y absurdo. Pero en aquel instante creía que yo era ese *uno* de cada cien que gana en el juego. Total, ¿qué me importaba a mí? Estaba poseído por el deseo de ganar o ganar. El valor de las apuestas comenzaba a despertar mi interés. Mientras tanto, nuestro General, en un abrir y cerrar de ojos perdió doscientos francos. Se retiró conteniendo las ganas de arañar su corazón y fingiendo una risa en sus labios. Porque *"...el auténtico caballero, aunque haya perdido toda su fortuna, no debe dejar traslucir emoción alguna. El dinero es algo tan inferior al espíritu caballeresco, que casi no merece la pena ocuparse de él."*(3)

Era mi turno, apostar el dinero de Polina me desconcertaba. Pero había que empezar a jugar. Saqué cincuenta florines, puse a los pares. Salió trece. El dolor y la desesperación comenzaban a embriagar mi alma. Tenía que terminar esto y marcharme. De nuevo, saqué cincuenta florines más y aposté al color rojo. Salió rojo. Otra vez, salió rojo. Recibí cuatrocientos florines. Aposté una y otra vez.

Había triplicado la apuesta. Una sensación extraña se apoderó de mí. Decidí marcharme con ciento sesenta florines más. Tenía que entregárselos a Polina.

Después de la cena, entregué a Polina sus ganancias. Decidí no jugar más por ella. Llena de asombro me preguntó si continuaba convencido que la ruleta era mi única salida, mi salvación. Con seguridad y sin reparos le respondí que sí. Ella insistió en repartir las ganancias a medias y continuar el juego. A lo cual me negué rotundamente, porque en el fondo sabía que perdería. Aunque parezca absurdo, ella también confiaba en la ruleta.

A pesar de lo de ayer, hoy Polina evitó hablarme. Yo estaba totalmente despectivo. Respiraba la repugnancia que habitualmente le inspiraba. Empero, ella sabe muy bien que la amo con locura. Cuando le hablo, no soy yo quien le habla, sino mi pasión, mi amor, mi... Mas, sé también de su indiferencia para con mis sentimientos. En estos días: *"... soy para ella algo así como un esclavo o un chico que le hace los recados; pero siempre me cuenta lo justo que debe saber la persona que ha de hacer el recado..."*(4)

Hace semanas he notado que las intenciones que inquietan a Polina no son las del juego, sino algo más. Sé además que si aún le preguntase groseramente, ella no contestaría a mis preguntas. ¡Así es como estamos! Ayer, en la mesa se habló de un telegrama sin respuesta expedido a San Petersburgo. Claro está, es sobre la abuela. La preocupación se refleja en el rostro de todos. Todos esperan la confirmación de su muerte. Yo también he adoptado el aire frío de la indiferencia ante Polina. Por otro lado, ayer como hoy, Mademoiselle Blanche ha sido el blanco de mi atención. Es hermosa, aunque su rostro puede inspirar miedo. Es suspicaz y astuta, llena de aventuras... Todo me resulta repugnante. Con gusto los dejaría a todos.

Hoy ha sido un día estúpido y ridículo... Para empezar, por la mañana, fui a la ruleta para jugar por cuenta de Polina, otra vez. Había aceptado el reto bajo dos condiciones: primero, que todas las ganancias serían para ella; y, segundo, que me explicara por qué necesitaba con urgencia tanto dinero. En fin, tenía un deseo que cumplir, su deseo. Tímidamente, empecé a apostar, mejor dicho a probar suerte. En un arrebato, y de buenas a primeras, aposté veinte federicos a los pares y gané. Puse cinco más y volví a ganar. Fueron en total cinco golpes de suerte hasta que en cinco minutos lo perdí todo. ¡Había tardado mucho tiempo en perderlos! Debía haberme retirado a tiempo. Pero, ¿cómo combatir aquella extraña sensación de desafiarle al mismísimo destino, cómo no devorarlo, darle una bofetada, o simplemente sacarle la lengua?

No sabía lo que había pasado. Salí aturdido. Perdí, perdí, y volví a perder. A la hora de la comida le hablé en secreto a Polina sobre la pérdida. Intenté explicar al grupo de la mesa la pérdida en el casino. *"Mientras lo explicaba, miré a Polina, pero sin que pudiera leer nada en su rostro."*(5) Comenté – con voz enérgica– que es cierto, que nosotros los rusos, somos incapaces de adquirir riquezas, empero, somos expertos en derrochar sin cálculo alguno y de manera estúpida. Y esto va en contra del "ídolo alemán", que acumula riquezas moleste a quien moleste.

Me encontraba entre el límite y la locura. Polina parecía ensimismada en sus pensamientos. Fuimos a la fuente del parque. Al fin me contó que la hacienda del

General había sido hipotecada y que el francés pasaría a hacerse cargo de todo. Este era, pues, el motivo de su necesidad urgente de dinero. Y por eso es que todos esperaban que sea verdad la noticia sobre la muerte de la abuela.

Polina estaba a punto de ahogarse. Era una náufraga. Y cuando alguien está a punto de ahogarse no le importa agarrarse de una paja. Y esa paja era yo. Aunque bien sabía que si no se estuviera ahogando *"no confundiría la paja con un tronco de árbol."*(6) Efectivamente, ella había pedido un préstamo y quería pagarlo. Su salida, su salvación en ese momento, pensaba, se encontraba en la mesa de juego.

De pronto, mi corazón floreció como florece un jardín en plena primavera. Mis palabras eran pétalos que danzaban en el viento. Sabiendo que a sus ojos era un cero a la izquierda, y que un esclavo no tiene vergüenza, pues el esclavo es incapaz de ofender a su señora, no tenía la certeza de si me encontraba en un sueño o en la realidad. Pero le dije, y aún con la menor esperanza que me escuchase: *"la veo en todas partes, lo demás me es indiferente"*,(7) ...que ante su presencia me sentía enfermo, que cuando estamos solos los dos corremos peligro porque deseo golpearla, estrangularla hasta matarla y que no me importaría matarme luego, y que a pesar de eso, *"...la amo sin esperanza y sé que después de esto la amaré mil veces más... Cada día la amo más, y eso es casi imprescindible... En su presencia pierdo todo el amor propio y todo me da lo mismo."*(8). El dolor de su ausencia me es insoportable.

Hubiera preferido mil silencios, una eternidad de silencios ante el desprecio y el escarnio de sus palabras. Mi amor y mi sinceridad rebasaron la frontera de la esclavitud y de la nulidad. Para ella, yo sólo era un juego, un capricho absurdo, o a lo mejor un mero charlatán. Era esclavo de mis palabras y mis palabras serían, extrañamente, mi condena. Tenía que lastimarme, llegar al punto de humillarme por cumplir sus deseos. Sí, sus deseos eran leyes para mí. Ahora me pidió que vaya hacia la baronesa Wormerheln con el propósito de recibir un bastonazo de su marido. Eso era lo que quería Polina en ese momento, y nada más. Entonces comprendí que: *"El hombre es un déspota por naturaleza y le agrada hacer sufrir."*(9)

Han pasado seis días desde aquella indecorosa mañana. No he dejado de pensar en el ridículo que hice ante el barón y la baronesa Wurmerheln. Sí, fue un arrebató, una locura, un escándalo de un colegial. Ese colegial era yo. Parece que estoy loco de atar, enajenado, o estoy simplemente... Sólo sé que aquella tarde me enamoré de ella. Y ella, Polina, tiene la culpa de todo.

A la mañana siguiente me sentía más turbado que nunca. Recibí una nota de Polina en la que me rogaba, es más, me ordenaba que guardara la calma. Era como si me dijese: *"No quiero tirarte de las orejas, pero, para guardar las apariencias permítame que lo haga..."*(10) Tan pronto como acabé de leer aquellos renglones sentía que me asfixiaba. Si no hubiera salido a tomar aire en la calle me hubiera sofocado. Lo único claro era que el francés tenía encadenada a Polina, a pesar del desprecio que ella le guardaba.

Hace días que no había cruzado palabra alguna con el inglés, y hoy era un buen día para eso. No sé cómo, pero él ya estaba enterado de los últimos sucesos, es

decir, de las ocurrencias de Polina, de mi aventura con la baronesa de Wirmerheln, de mi despido, de la cobardía del General, y de la reciente visita de De Grillet. La taza de café se nos enfrió hablando de Polina. De pronto, oí que gritaban mi nombre en el vestíbulo del hotel. Sí, eran los gritos desesperados de una mujer rusa. Cuando llegué a la puerta no lo podía creer, mis labios se pusieron blancos, mis brazos se cayeron, y mis pies se pegaron al piso como piedras.

Era la abuela. Sí, era Antonida Vasílievna Tara Sévicheva. Con sus setenta y cinco años encima era terrible, fogosa, era una rica terrateniente, era toda una señora de Moscú. Sus ojos de lince me petrificaron al instante. Nadie podía creerlo. Su presencia dejó pasmados a todos. Cuando todos sólo esperaban la confirmación de su muerte... Ante su impetuosa presencia, las palabras sonaban vacías.

Tan pronto como se instaló en el hotel, me pidió de inmediato que le llevase a las salas de juego. No esperó reponerse de su viaje de cinco días. Llegamos triunfantes al casino. La abuela se instaló en la mesa de las apuestas de la ruleta. No tardó en entender las reglas del juego. Sacó un federico y lo apostó al cero, perdió una, dos, tres... hasta cinco veces. Aunque sabía que era una estupidez, *"quien teme al lobo, que no vaya al monte."*(11) Volvió a apostar al cero. Y de pronto, ¡zas! Salió cero. Y como el que no apuesta no gana, dobló la cantidad, y cero otra vez. La esperanza comenzaba a renacer en nuestro pecho. Y otra vez, salió cero. Su corazonada no podía equivocarse aquel día. Era inútil intentar persuadirla, aunque temblaba en su interior. La ganancia daba en total doce mil florines. Guardó sabiamente el oro y los billetes, y nos regresamos al hotel.

Todos la felicitaban. La abuela generosamente remuneraba los elogios con florines. A pesar de su excéntrico comportamiento todos estábamos sorprendidos de su triunfo. Después del almuerzo me pidió que le acompañase de nuevo a la ruleta a eso de las cuatro de la tarde. De camino a mi habitación me sentía como embriagado. No sabía qué iba a pasar. Total, no se debe perder la esperanza. En el corredor Polina me entregó una carta para mister Astley. Sólo ella era mi preocupación. Quería estar junto a ella, perderme dentro de su aureola para toda la eternidad. Quería que viniese a mí con un: "Te amo". ¡Qué locura inconcebible la mía! Al rato, el general y De Grillet me rogaban que me negase a acompañar a la abuela al casino. Temían, y con razón, que lo perdiese todo. Y lo peor, creían que yo era su salvador.

No eran ni las tres y media y sonaron tres golpes suaves y respetuosos en la puerta de mi habitación. En efecto la abuela reclamaba mi presencia. Mi ausencia la inquietaba. Me esperaba ansiosa en la puerta del hotel. Nos fuimos una vez más a entregarnos en los brazos del azar, camino hacia la ruleta.

Ya en el casino las cosas eran diferentes. En esta ocasión la abuela era vista como la víctima. La abuela se lanzó directamente al cero. Comenzó por apostar doce federicos. Pusimos una, otra, y otra vez, y no salió. Pero ella insistía en jugar al cero. Yo obedecía. Apostó doce veces al cero y doce veces perdió. Luego probó fortuna con el color rojo, y ganó mil florines.

Todos los augurios estaban a punto de cumplirse. Aquella noche la abuela, en casi una hora, perdió quince mil rublos en moneda rusa. No se cansaba de maldecir al cero y al color rojo. Me echaba la culpa de todo. ¡Cómo si yo hubiera podido

hacerme cargo de todas las responsabilidades! Me obligó a que hiciera un giro. Cambié doce mil florines en oro y billetes. Nuevamente comenzó a jugar. Tuvo suerte en las primeras apuestas, pero poco a poco su capital se fue desvaneciendo. Temblaba, palidecía, y me culpaba de todo. La abuela con los bolsillos vacíos gritó: "Nos vamos a casa".

En el hotel tomó la decisión de partir esa misma noche a Moscú, no sin antes invitarle a Polina a que le acompañase. Empero, esta última se negó discretamente. Sabía que el francés estaba de por medio. Antes de partir la abuela tuvo otro arrebató. Fue al casino. Esta vez me negué a acompañarla. Definitivamente, esa no era su noche, y nunca lo sería. Perdió otros diez mil rubros más. Sé que se desplomó en la cama víctima del cansancio y de la mala fortuna. *"¡Qué Dios le de sueños agradables!"*(12)

Estoy más solo que un hongo. La abuela no partió sino hasta nueve y media de la mañana. Reconoció su error y la ciega pasión que empañó su alma de cristal. *"Así tenía que suceder: la persona que entra en ese camino es como si se deslizara en un trineo por una montaña cubierta de nieve, cada vez va más de prisa."*(13) Me pidió disculpas, y eso ya era mucho para mí. No sé si por lástima o qué, pero le acompañé hasta la estación del tren. Las últimas palabras que me dijo fueron: *"Es cierto que Dios, también en la vejez, pide cuentas y castiga la soberbia."*(14)

Como siempre mi preocupación era Polina. Le envié una carta en la que le decía que disponga de mí para cualquier cosa. Esperaba su contestación, no llegaba. Salí de mi habitación y me encontré con mister Astley. De regreso al hotel, en la penumbra vaga de mi habitación, una silueta se levantaba entre las sombras que dibujaba la cortina. No advirtió mi presencia. Me acerqué, la miré, casi me muero! Era ella: Polina.

Estaba ahí por una razón: una carta. Su remitente era el inglés. Anunciaba su partida. Polina estaba deshecha. Jamás olvidaré aquella noche, la primera noche, en la que el destino me sonreía. Por fin, me sonrió, aunque amargamente. Le pedí que me concediese una hora, y que por favor me esperase hasta que vuelva. En mi cabeza se clavó una idea con tanta fuerza que era incapaz de sacarla. *"Más aún cuando a la idea se le une un deseo intenso, apasionado, en ocasiones lo acepta uno como algo fatal, necesario, impuesto por el destino, como algo que no puede por menos de suceder."*(15)

Había juntado doscientos federicos. Salí al casino. Algo más que el dinero estaba en juego, era mi vida. Sí, mi vida entera esa noche la había apostado. Tras las primeras apuestas en la ruleta me sentía como todo un vencedor, me sentía tan fuerte que no tenía miedo a nada, ni a nadie. Hasta ese momento podía llevar bien las cuentas. Había ganado treinta mil florines. La voz de un judío me susurró al oído izquierdo: "¡Váyase, por Dios!" Esa noche la suerte estaba encaprichada conmigo. Después que probé suerte con la ruleta fui a los naipes. Mi alma estaba anestesiada, insensible, ávida e insaciable de nuevas y extremas emociones. Perdí la cuenta de las ganancias. Cuando decidí marcharme tenía como unos ocho kilos de oro en los bolsillos. Todo el casino me miraba. En la salida, dos judíos me detuvieron para decirme que me marchara mañana mismo, porque de lo contrario lo perdería todo.

No recuerdo otra ocasión en la que el miedo se hubiera duplicado en mi interior. Súbitamente, comencé a imaginar la posibilidad de que me roben o me maten en el corazón de la avenida. Las luces del hotel me devolvieron la calma. En mi habitación, Polina estaba en el diván cruzada de brazos y con una vela encendida. Su asombro no tenía nombre cuando comencé a echar el oro que gané sobre la mesa.

Quieta y sin actitud, totalmente indiferente, veía cómo sacaba el dinero de mis bolsillos. Nunca antes la había visto llena de amor y ternura, y al mismo tiempo, enferma y delirante. Sí, a un tiempo, lloraba y se reía. Se parecía a una flor pisoteada. Después de que me sacó en cara que no aceptaría mi dinero porque no le gustaba nada que sea regalado, frunció el ceño y era como si en las tinieblas de sus recuerdos una luz empezara a tiritar. Tal vez, inconscientemente, había ofendido su dignidad o su orgullo. Me pidió cincuenta mil francos para luego echármelos, literalmente, a la cara en medio de una carcajada burlona. Su odio infinito y su vanidad nunca se cansarían de ofenderme. Al rato salió de mi habitación. Fui a buscarla, no la encontré. Se había ido a los brazos del inglés.

Polina estaba enferma. Y, por si eso fuera poco, no quería saber nada de mí, ni de mi dinero. De vuelta en el hotel, madame Cominges me había mandado a llamar por labios de mademoiselle Blanche. Me proponía que le acompañase a París. Se había enterado de mi ganancia la noche anterior en el casino. A su lado gastaría en dos meses cincuenta mil francos. Total, me aseguró, que un mes a su lado sería mejor que toda mi existencia. Conocía muy bien mi audacia para el juego. Y sabía además que en dos meses cuando estemos sin dinero volvería al casino y lo recuperaría todo. Es así –como si estuviese escrito en el viento lo que tiene que pasar– fui con ella a París.

No sé en qué estaba pensando cuando acepté venir a París. Fue un desvarío, una estupidez mía. Reconozco que sin la ayuda de madame Cominges no hubiera encontrado la manera de gastar tanto dinero. Ella era experta gastándolo en cosas innecesarias. Había noches en las que me quedaba acostado sobre mi cama mirando el techo por horas. Me sentía como la noche, siempre ensimismado. El General no tardó en encontrarnos. Su salud empeoraba con el pasar de los días. A tal punto que sólo mademoiselle Blanche era capaz de soportarlo. Esta última, por su parte, contrajo matrimonio. Fue una ceremonia muy íntima, entre amigos. A pesar de esto la celebración fue el tema de conversación de toda la ciudad.

Había llegado la hora de despedirnos, y esa estúpida de Blanche lloró. Después de un apretón de manos vendría la sorpresa: me dio dos mil francos. Me dijo que me hubiera dado más dinero, pero sabía que lo perdería en el juego. Ese era nuestro adiós. *"Dicen que es de mal agüero probar fortuna dos veces seguidas en la misma mesa."*(16) Por lo tanto a Ruletenburg no iré. Iré más bien a Homburg. Y más tarde, a resolver cierto asunto con mister Astley.

Efectivamente, fui a Homburg. Pero luego volví a Ruletenburg. Pasé preso por una deuda contraída en la ciudad. No sé quien la pagó. Estaba solo, perdido, sin dinero ni para comer, en tierra extranjera, y en medio de desconocidos. Sin embargo, estaba libre. Trabajé como secretario de Hintze, mejor dicho, como su criado, a cambio de treinta florines al mes. A veces le echo la culpa a los absurdos empujones del destino. Pero sabía en el fondo que el único culpable de mi caída

era yo. Quizá lo haya perdido todo, pero una sola seguridad me queda: mi esperanza inquebrantable. *“¿Qué soy ahora? Un cero a la izquierda. ¿Qué puedo ser mañana? ¡Mañana puedo resucitar entre los muertos y empezar a vivir de nuevo! ¡Puedo volver a ser un hombre, no todo está perdido!”*(17)

Había logrado ahorrar setenta florines, y aquella tarde empecé a apostarlos en la sala de juego. Sí, me había atrevido a apostar lo poco que tenía para vivir. Tenía más de ochocientos florines en mis bolsillos, y en menos de lo que me toma cinco minutos, decidí regresar a Homburg. Ahí no había sido criado. Había vuelto a ser hombre. Por momentos sentía que salía de la ciénega, pero la emoción del juego era más grande que todo, incluso hasta en los sueños se digna en perseguirme.

Esta mañana me tropecé con mister Astley. Me sentía emocionado por volverle a ver. Conversamos de muchas cosas, pero siempre en torno a Polina. La abuela había muerto. Polina se había recuperado de su enfermedad y en este momento se encontraba en Suiza de paseo. El General había muerto hace un mes en París, y sobre De Grillet, evité darme cualquier tipo de información.

Antes de despedirnos me dio diez luises. Quería darme más, pero sabía que lo perdería en el juego. Ahora, mi principal preocupación estaba en Suiza. Tenía hambre de su presencia. Deseaba volver a verla. Quería que Polina supiese que he vuelto a ser un hombre, que he regenerado, que he resucitado: *“¡Tengo un presentimiento, y no puede ser de otro modo!... ¡Sí! Lo único que hace falta es, siquiera sea una vez en la vida, ser calculador y paciente, jeso es todo!... Lo principal es el carácter.”*(18)

### III. CONCLUSIÓN

Hay muchos que osan en juzgarnos a nosotros, los jugadores, por nuestro comportamiento inestable. A esos, en nombre del juego, les digo, que no saben lo que es apostar el último florín ¡Lo que se dice el último! Todo esto tan sólo son palabras, palabras, y más palabras. Lo que a mí me hace falta son más hechos. ¿Quién sabe si estoy a la víspera de una nueva caída? ¿Qué seré el día de mañana, dónde me encontraré? ¿Es posible que comprenda que soy un hombre perdido, que aún puedo resucitar? Tal vez... *“¡Mañana, mañana terminará todo!”*(19)

#### Notas:

(1) Fedor, Dostoievski, *El Jugador*, Navarra, Biblioteca Básica Salvat, 1982. P. 13

(2) Idem. p. 21.

(3) Idem. p. 26.

(4) Idem. pp. 31 – 32.

(5) Idem. p. 39.

(6) Idem. p. 47.

(7) Idem. p. 50.

(8) Idem. p. 51.

(9) Idem. p. 52.

(10) Idem. p. 69.

(11) Idem. p. 103.

(12) Idem. p. 130.

- (13) Idem. p. 132.
- (14) Idem. p. 142.
- (15) Idem. p. 148.
- (16) Idem. p. 178.
- (17) Idem. p. 179.
- (18) Idem. p. 189.
- (19) Idem. p. 189.

**BIBLIOGRAFÍA**

DOSTOIEVSKI, Fedor: *El Jugador*. Navarra, Biblioteca Básica Salvat, Madrid, 1982.